

ahora tendré que
errar solo*

jacques derrida //

Traducción de CONSUELO PABON



Demasiado para decir, pero hoy mi corazón está roto. Demasiado para decir sobre lo que nos está pasando, sobre lo que me pasa a mí con la muerte de Gilles Deleuze; muerte temida y esperada (lo sabíamos tan enfermo...). Pero ahora, ante esta muerte, ante esta imagen inimaginable que, en el acontecimiento, ahonda todavía, si es posible, el infinito doloroso de otro acontecimiento. Deleuze, el pensador, es ante todo el pensador del acontecimiento, el pensador de este acontecimiento que hoy nos ocupa. El se mantuvo erguido hasta el final. Estoy volviendo a leer lo que él decía del acontecimiento en 1969, en uno de sus más grandes libros, **Lógica del Sentido**. Deleuze cita a Joe Bousquet. «Por mi gusto de la muerte —dice Bousquet—, que es el desplazamiento de la voluntad». Y añade Deleuze: «De este gusto a estas ganas, de alguna manera nada cambia, salvo un cambio de voluntad, una especie de salto sin desplazamiento, en donde todo el cuerpo trueca su voluntad orgánica por una voluntad espiritual que quiere ahora, no lo que acontece, sino algo que está en lo que acontece, algo que está por venir en conformidad con lo que acontece, siguiendo las leyes de una oscura conformidad humorística = es el acontecimiento. De aquí que la obra de Bousquet es un combate de los hombres libres». Podría seguir citando a Deleuze interminablemente.

Demasiado para decir, sí, sobre este tiempo en el que yo y tantos otros de mi generación, tuvimos la oportunidad de compartir con Deleuze, tuvimos la gran suerte de pensar gracias a Deleuze y con Deleuze. Desde el comienzo todos sus libros, (pero sobre todo el **Nietzsche, Diferencia y Repetición, Lógica del Sentido**), han sido para mí, no solamente fuertes provocaciones para pensar, sino también, cada vez, la experiencia turbadora, sí, turbadora, de

* Publicado por el diario *Liberation*, París, 7 de noviembre de 1995.

una proximidad o de una afinidad casi total con las "tesis", si se puede decir; pero a través de distancias demasiado evidentes que yo llamaría "a falta de otra cosa mejor", como por ejemplo el gesto, la estrategia, la manera de escribir, de hablar, de leer, posiblemente.

La "tesis", término poco apropiado, que me aproxima más a Deleuze es, sin lugar a dudas, la de la diferencia, la de una diferencia irreductible a la oposición dialéctica, una diferencia "más profunda que una contradicción (**Diferencia y Repetición**), una diferencia en la afirmación felizmente repetida (oui, oui), la afirmación del simulacro.

Deleuze es para mí, a pesar de nuestras diferencias, aquel que siempre juzgué como más próximo de toda mi generación. Jamás frente a su obra sentí en mí la más mínima objeción, aun cuando varias veces murmuré contra alguna proposición de **El Antiedipo** (le dije un día, cuando veníamos en el coche de Nanterre, luego de la sustentación de una tesis sobre Spinoza, que no estaba de acuerdo con la idea de que la filosofía consiste en crear conceptos). Quise tener un día con él una explicación sobre el tema de un tal acuerdo sobre el "contenido" filosófico, cuando ese mismo acuerdo no excluye todas las digresiones que todavía hoy no puedo nombrar o situar. (Deleuze había aceptado la idea de publicar un día una larga entrevista improvisada entre nosotros, sobre este tema, pero tuvimos que esperar demasiado). Sé que esas diferencias sólo permitieron entre nosotros una enorme amistad. Jamás que yo sepa, ninguna sombra, ningún signo indican lo contrario. Esto es bastante raro en un medio como el nuestro. Fue una amistad en donde, de hecho, siempre teníamos los mismos enemigos. Es cierto que nos veíamos poco, sobre todo en estos últimos años. Pero todavía escucho el reír de su voz un poco ronca, diciéndome tantas cosas que recuerdo de memoria: «Mis felicitaciones, todas mis felicitaciones» me susurró con una gentil ironía en el verano de 1955 en La Sorbona, cuando obtuve la agregación. O bien, me decía con la solicitud de hermano

mayor: «No me gusta verlo entregar todo su tiempo a esta institución (El Colegio Internacional de Filosofía), yo preferiría verlo escribir». También recuerdo la memorable década Nietzsche en Cerisy, 1972 y de otros momentos que sin duda, con Jean François Lyotard, hacen que me sienta hoy muy solo, sobreviviente melancólico de esta generación. Cada muerte es única, sin duda, y por ello misma insólita; pero, ¿qué decir de lo insólito de su multiplicación en serie en los filósofos de nuestra generación? De Barthes a Althusser, de Foucault a Deleuze. Sin lugar a dudas, Deleuze es la singularidad de la serie, la singularidad de una serie en donde todos han tenido un final nada corriente.

Sí, todos nosotros amamos la filosofía, ¿quién lo puede negar? Pero sin duda Deleuze fue de todos los de mi generación quien hizo filosofía de la manera más alegre y más inocente. A él no le habría gustado la palabra que usé hace un rato: "pensador". Él preferiría la palabra filósofo. Él se consideraba en este sentido "el más inocente, el más desprovisto de culpa de hacer filosofía" (Pour-Parlers). Era sin duda la condición necesaria para dejar, en profundidad, en la filosofía de este siglo, su marca, incomparable. La marca de un gran filósofo y de un gran profesor. Primero, un historiador de la filosofía que procede a partir de una elección configuracional de su propia genealogía (los estoicos, Lucrecio, Spinoza, Hume, Kant, Nietzsche, Bergson, etc.). Segundo, el inventor de filosofía que no se encierra jamás en el campo específico de la filosofía; él escribía sobre la pintura, el cine, la literatura, Bacon, Lewis Carroll, Proust, Kafka, Melville, etc.).

Por otra parte quiero decir que yo admiraba su manera, siempre tan justa, de tratar con la imagen, con los periódicos, con la escena pública y las transformaciones que sufrió a lo largo de los últimos años: economía y retiro vigilante. Me sentía solidario con lo que él decía al respecto, por ejemplo en una entrevista con **Liberation** a partir de la publicación de **Mil Mesetas** (en la misma vena de su panfleto de 1977). «Sería necesario saber qué es lo que

pasa actualmente en el medio de los libros. Vivimos desde hace algunos años un período de reacción en todos los medios, por ello la reacción también está en el mundo de los libros. Se está fabricando un espacio literario, un espacio económico, político, completamente reaccionario, prefabricado y demoledor. Me parece que hay ahí una empresa sistemática que **Liberation** debía analizar. Es peor que una censura —añadía Deleuze— pero, este período no durará forzosamente». Posiblemente. Posiblemente.

Como Nietzsche y como Artaud, como Blanchot y otras admiraciones compartidas, Deleuze nunca quitó los ojos de esa alianza entre la necesidad y lo aleatorio, el caos y lo intempestivo. Cuando yo escribí sobre Marx, en el momento más difícil, hace 3 años, sentí valor cuando supe que él proyectaba también hacerlo. Ahora releo lo que él decía en 1990 sobre este tema: «Félix Guattari y yo, siempre hemos sido

marxistas de dos maneras diferentes, posiblemente. Nunca hemos creído en una filosofía política que no se centre sobre el análisis del capitalismo y sus desarrollos. Lo que más nos interesa en Marx es el análisis del capitalismo como sistema inmanente que no cesa de ampliar sus propios límites pero siempre los reencuentra en una escala más grande, porque el límite es el capital en sí mismo».

Continuaré o recomenzaré a leer a Gilles Deleuze para aprender y me tocará errar sólo en esta conversación que alguna vez debimos tener los dos. Mi primera pregunta concernía a Artaud, su interpretación del cuerpo sin órganos y de esa palabra inmanencia que él siempre mantuvo para poder decir algo que sin duda sigue siendo para nosotros un secreto. Y yo quería decirle por qué su filosofía siempre ha estado presente en mí desde hace 40 años. ¿Cómo lo hará ella de ahora en adelante?